
La güera*

Cherrie Moraga

Se requiere algo más que la experiencia personal para establecer una filosofía o punto de vista sobre cualquier acontecimiento. La cualidad de nuestra respuesta al acontecimiento y nuestra capacidad para entrar dentro de la vida de otros es lo que nos ayudará a apropiarnos de nuestras vidas y experiencias.

EMMA GOLDMAN¹

Soy la hija, educada, de una mujer que para las normas de este país puede ser considerada analfabeta. Mi madre nació en Santa Paula, California del Sur, en una época en que la mayor parte del valle central era tierra agrícola. Cerca de treinta y cinco años después, en 1948, ella era la única de seis hermanos que se había casado con un anglo, mi padre.

Recuerdo las historias de mi madre, probablemente mejor de lo que ella se imagina. Es una brillante narradora de cuentos, capaz de recordar todos los acontecimientos de su vida con la nitidez del presente, señalando incluso detalles como el color o el corte de un vestido. Recuerdo las historias de cuando fue sacada de la escuela a los cinco, nueve, y once años de edad, para trabajar en los campos junto con sus hermanas y hermanos; historias de su padre, bebiéndose las pequeñas ganancias que mi madre era capaz de ganar para ayudar a la familia; la recuerdo tomando el camino más largo para evitar encontrarse con él en

* Tomado de *Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, ed. Cherrie Moraga y Ana Castillo, trad. de Ana Castillo y Norma Alarcón, Ism Press, San Francisco, 1998. Agradecemos a la autora el permiso de su publicación.

¹ Alix Kates Shulman, "Was My Life Worth Living?" (¿Valió la pena mi vida?), *Red Emma Speaks*, Random House, New York, 1972, p. 338.

la calle cuando se dirigía, tambaleándose, hacia el mismo destino. Recuerdo historias de mi madre mintiendo acerca de su edad para poder conseguir trabajo como obrera en la industria sombrerera, en Agua Caliente Racetrack, en Tijuana. A los catorce años ella era el sostén principal de la familia. La puedo ver caminando sola a las tres de la mañana, únicamente para entregar su salario y propinas a su madre, nuevamente embarazada.

Las historias continúan a través de los años: fábricas prensadoras de nueces, la fábrica Voit Rubber, y luego el *boom* de las computadoras. Recuerdo a mi madre trabajando como maquiladora para las plantas electrónicas de nuestro vecindario: entrada ya la tarde, ella se sentaría frente al televisor envolviendo alambres de cobre en la parte trasera de tablas de circuito y hablando de “mantenerse al día como las muchachas jóvenes”. Para entonces, estaba en la mitad de sus años cincuenta.

Mientras tanto, yo estaba iniciando mis estudios universitarios. Después de clases iba con mi madre a llenar sus solicitudes de trabajo o a hacer sus cheques del supermercado. Nosotras preparábamos previamente el escenario. Mi madre firmaba el cheque antes de que llegáramos a la tienda. Luego, cuando nos acercábamos a la caja, ella diría “Ay cariño, adelántate haz el cheque”, como si no pudiera molestarse con un detalle tan insignificante. Nadie hacía preguntas.

Yo recibí una educación y siento por ello orgullo y satisfacción; puedo llevar la cabeza erguida con el conocimiento, recibido de mi madre, de que mi vida será más fácil que la suya. Yo fui educada; pero, más que eso, yo era “la güera” —la de la piel clara. Nacida con las facciones de mi madre chicana, pero con la piel de mi padre anglo, la vida sería fácil para mí.

Nunca nadie me dijo precisamente que lo claro fuera lo correcto, pero yo sabía que ser de color claro era algo que se valoraba particularmente en mi familia (toda chicana, a excepción de mi padre). De hecho, todo lo que tuvo que ver con mi educación (al menos la que ocurrió a un nivel consciente), trató de blanquear aún más el color que ya tenía. Aunque mi madre hablaba con fluidez el español, a mí nunca me enseñaron mucho español en casa. Yo capté lo que aprendí en la escuela, y lo que alcanzaba a oír de las conversaciones entre mi madre y mis familiares. Muchas veces se refería a otros mexicanos de ingresos bajos como braceros o espaldas mojadas; y de sí misma y de su familia decía que eran “gente de diferente clase”. Y la verdad es que mi familia fue tam-

bién pobre (algunos aún lo son, y campesinos). Mi madre puede recordar todo esto como si fuera ayer. Pero es algo que quiere olvidar (y con derecho) pues, para ella, ser chicano significa en un nivel económico muy elemental ser “menos”. Y fue por ese deseo intenso de mi madre de proteger a sus hijos de la pobreza y del analfabetismo, que nos “anglizamos”. Entre más efectivamente pudiéramos pasar al mundo blanco, más garantizado estaría nuestro futuro.

A partir de todo esto experimenté diariamente una contradicción entre lo que aprendí al nacer y lo que tuve que aprender para convertirme en alguien. Porque (como Goldman sugiere), estas historias que mi madre me contó se deslizaron por debajo de mi piel de “güera”. *Yo no tuve que hacer ninguna elección*. Metí su vida dentro de mi corazón y pude ocultarla mientras fingí ser una feliz heterosexual que escalaba en términos sociales.

Cuando finalmente levanté la tapa que cubría mi lesbianismo, revivió en mí una profunda liga con mi madre. No fue sino hasta que reconocí y confronté mi propio lesbianismo a flor de piel, que sentí una estrecha identificación con mi madre, con su opresión por ser pobre, sin educación y chicana. Mi lesbianismo es la avenida que me ha permitido comprender mejor el silencio y la opresión, y sigue siendo el más claro recordatorio de que no somos seres humanos libres.

Una cosa sigue a la otra. Supe por años que era lesbiana, lo había sentido en mis huesos, había sufrido con este conocimiento; me volvía loca, me ahogaba al silenciarlo. El silencio es como el hambre, no te engañes, y se siente más cuando una ha tenido el estómago lleno la mayor parte de su vida. Cuando no nos estamos muriendo físicamente de hambre, podemos darnos el lujo de advertir nuestra miseria psíquica y moral. Y a partir de esta miseria, podemos reconocer otras miserias —si una está dispuesta a arriesgarse a relacionarlo— si una está dispuesta a ser responsable de los resultados de esa relación. Para mí es inevitable esta relación.

Lo que estoy diciendo es que la alegría de verme como una chica blanca no es tan grande, desde que me di cuenta de que puedo ser golpeada en la calle por lesbiana. Si mi hermana es golpeada por negra, se puede aplicar el mismo principio. Ambas somos golpeadas de cualquier lado que lo veas; y en el caso de mi propia familia, la diferencia de privilegios unida al hecho de ser blanca en lugar de café, está solamente a una generación de distancia.

En este país el lesbianismo es una pobreza, como ser oscura, como ser mujer, como ser simplemente pobre. El peligro radica en alinear estas opresiones. El peligro radica en no ser capaz de reconocer la especificidad de la opresión. El peligro radica en tratar de enfrentar esta opresión en términos meramente teóricos. Sin una envoltura emocional sentida en el corazón que surja de nuestra opresión, sin que se nombre al enemigo que llevamos dentro de nosotras mismas y fuera de nosotras, ningún contacto auténtico no jerárquico entre grupos oprimidos puede llevarse a cabo.

Cuando las cosas se vuelvan más violentas, ¿abandonaremos a nuestras llamadas compañeras en una conmoción heterosexista-racista? ¿En qué frente debe luchar entonces la lesbiana de color? Su sola presencia viola la graduación y la abstracción de la opresión. ¿Solamente vivimos mano a boca? ¿Solamente luchamos con el “ismo” sentado en la punta de nuestras cabezas?

La respuesta es: sí, pienso que eso hacemos; y que debemos hacerlo profunda y ampliamente. Pero el ser incapaces de movernos de ahí sólo nos aislará en nuestra propia opresión, nos apartará más que radicalizarnos.

Para ilustrar: un amigo mío, blanco y homosexual, me confió una vez que sentía, en cierto nivel, que yo no confiaba en él porque era hombre; y sentía realmente que si llegáramos a algo así como la “batalla de los sexos”, tal vez lo mataría. Y yo admití que probablemente lo haría. Él quiso entender las razones de mi desconfianza. Le respondí, “tú no eres una mujer; sé mujer por un día para que entiendas la base de mi desconfianza”.

Me confesó que la idea lo aterrizzaba porque, para él, ser mujer significaba ser violada por hombres. Él se había sentido violado por los hombres y quería olvidar lo que eso significaba. Lo que surgió de esa discusión fue que sintió con toda su fuerza que, para poder realizar una verdadera alianza conmigo, debía entender y asimilar su propia experiencia de opresión, su vivencia como víctima. Si él o cualquier otra persona intentaran hacer esto honestamente, sería imposible seguir desconociendo la opresión de otras, de otros, a no ser que olvidáramos nuevamente cómo hemos sido heridos.

Y, sin embargo, los grupos oprimidos lo olvidan constantemente. De ello hay rasgos en la creciente clase media negra y, ciertamente, existe una corriente muy obvia entre los hombres blancos homosexuales de “inconciencia capitalista”. Porque recordar tal vez significaría dejar cua-

lesquiera de los privilegios que hemos sido capaces de exprimir a esta sociedad en virtud de nuestra raza, género, clase o sexualidad.

Dentro del movimiento feminista, las relaciones entre mujeres de orígenes diversos y orientaciones sexuales diferentes han sido, en el mejor de los casos, frágiles. Pienso que este fenómeno es indicativo de nuestra incapacidad para enfrentarnos seriamente nosotras mismas a preguntas que nos dan mucho miedo. ¿Cómo he internalizado mi propia opresión? ¿Cómo he oprimido? En lugar de ello hemos dejado que la retórica haga el trabajo de la poesía. Aun la palabra "opresión" ha perdido su fuerza. Necesitamos un lenguaje nuevo, palabras mejores que puedan describir de manera más cercana los miedos de las mujeres y la resistencia de una hacia la otra; palabras que no siempre suenen a dogma.

Lo que primero me motivó a trabajar en una antología de mujeres radicales de color fue el profundo sentimiento de que tenía yo una valiosa e íntima aportación que hacer en virtud de mi nacimiento y mis antecedentes. Y, sin embargo, yo no sé cómo se siente ser cagada por ser oscura. Sé mucho más acerca de las alegrías de serlo —de ser chicana y tener una familia, que son sinónimos para mí. Lo que sé acerca de amar, cantar, llorar, contar historias, hablar con el corazón y las manos, incluso tener conciencia de mi propia alma viene del amor de mi madre, hermanas, tías, primas...

Pero a la edad de veintisiete años sigue siendo aterrador reconocer que he internalizado un racismo y un clasismo cuyo objeto de opresión no es alguien *fuera* de mi piel, sino alguien que está dentro de mi piel. De hecho, en gran medida, la batalla real contra esa opresión empieza para todas nosotras debajo de nuestra piel. He tenido que confrontar que mucho de lo que yo valoro acerca de ser chicana, acerca de mi familia, ha sido subvertido por la cultura anglo y mi cooperación con ella. Y esto no lo supe de un día para otro. Sólo tiempo después de mi graduación, en una universidad privada de Los Angeles, me di cuenta que la razón principal de mi total alienación respecto a mis compañeros de clases estaba arraigada en consideraciones de clase y cultura.

Tres años después de mi graduación, en una reunión de Sonoma, una amiga mía (que viene de una familia obrera de origen italo-irlandés) me dijo, "Cherríe, no me extraña que te hayas sentido como una tonta en la escuela, si la mayor parte de la gente ahí era blanca y rica".

Era cierto. Todo el tiempo sentí la diferencia, pero no fue sino hasta el momento en que puse las palabras "raza" y "clase" junto a mi

experiencia, que pude entender mis sentimientos. Durante años, me había reprochado a mí misma por no ser tan “libre” como mis condiscípulos. Creí que se debía a que ellos tenían más valor que yo para rebelarse contra sus padres y recorrer el país pidiendo aventones, leyendo libros y estudiando “arte”. Tenían suficientes privilegios para poder ser ateos, por el amor de Dios. No había, sin embargo, nadie cerca de mí para explicarme la disparidad entre sus padres, que eran productores de cine en Hollywood, y mis padres, que no podrían nombrar a un solo productor de cine aunque su vida dependiera de ello (y precisamente porque su vida no dependía de esto, no podrían ser molestados). Pero yo no sabía nada entonces acerca del “privilegio”. Lo blanco era lo correcto. Punto. Yo podía “pasar”.² Si lograba alcanzar suficiente educación, nadie notaría la diferencia.

Tres años después tuve una experiencia similar. Le escribí a una amiga:

Fui al recital de Ntosake Shange.³ Ahí, para mí, todo estalló. Ella habló en un lenguaje que yo sabía que existía —en las partes más profundas de mí— y que había ignorado en mis estudios feministas y aun en mi propia escritura. Lo que Ntosake me hizo descubrir fue que en mi propio desarrollo como poeta, he negado de muchas maneras la voz de mi propia madre oscura. Lo oscuro en mí. Me he aclimatado al sonido de un lenguaje blanco que, aunque representado por mi padre, no habla en mis poemas a las emociones— emociones que emanan del amor a mi madre.

La lectura fue agitadora. Me hizo sentir desasosegada. Me precipitó en una semana de terror por tanto que me afectó. Sentí que debería empezar otra vez. Que yo solamente atendí a las percepciones de las mujeres blancas de clase media que hablaban por mí y por todas las mujeres. Me asusté de mi propia ignorancia.

Sentada en un asiento del auditorio, me di cuenta de la manera más profunda que por años he renegado del lenguaje que conocía mejor— he ignorado las palabras y los ritmos que estaban más cerca de mí. Los sonidos de mi madre y mis tías cuchicheando— mitad en inglés, mitad en español— mientras bebían cerveza en la cocina. Y las manos, he

² Aquí la autora se refiere al privilegio social de ser percibida como anglosajona, con el resultado de que se le niega su herencia mexicana, o sea, su mestizaje.

³ Ntosake Shange es una escritora afroamericana y autora de la controvertida obra feminista, *for cullud girls who have considered suicide when the rainbow wasn't enuf* (para muchachas negras que han contemplado el suicidio cuando el arcoiris no fue suficiente), Macmillan, New York, 1977.

quitado las manos de mis poemas. Pero no de la conversación; las manos no pueden mantenerse quietas. Siempre han insistido en moverse.

La lectura me obligó a recordar cosas que siempre he sabido, cosas a partir de mis raíces. Pero el recordar me obliga a enfrentar lo que no sé. La lectura de Shange me conmovió porque hablaba con fuerza de un mundo que me es conocido y lejano: “la capacidad de entrar en las vidas de otros”. Pero una no puede tomar solamente lo bueno y correr. Yo supe, mientras estaba sentada en aquel auditorio de Oakland (como lo sé en mi poesía), que lo único digno de escribirse es aquello que parece desconocido y, por lo tanto, aterrador.

Muchas veces lo desconocido es presentado en la literatura como lo “oscuro” que existe dentro de una persona. De forma parecida, los escritores sexistas se refieren al miedo en la forma de una vagina, llamándola “el orificio de la muerte”. En contraste, es un placer leer trabajos como el de Maxine Hong Kingston *La mujer guerrera*.⁴ En ellos el miedo y la alienación son representados como los “fantasmas blancos”. Y, sin embargo, el grueso de la literatura en este país refuerza el mito de que lo oscuro y femenino es maligno. Consecuentemente, cada una de nosotras —sea oscura, mujer, o ambas— ha internalizado en alguna medida esta imaginería opresiva. Lo que el opresor consigue, muchas veces, es simplemente exteriorizar sus miedos proyectándolos en los cuerpos de las mujeres. Asiáticos, homosexuales, inválidos, cualquiera que parezca más “el otro”.

*Llámame
Cucaracha y presumida
pesadilla en tu almohada blanca
tú te consumes por destruir
la indestructible
parte de ti.
—Audre Lorde⁵*

⁴ *The Woman Warrior: Memories of a Girlhood Among Ghosts* (La mujer guerrera: memorias de una infancia entre fantasmas), Vintage, New York, 1975.

⁵ “The Brown Menace or Poem to the Survival of Roaches” (La amenaza oscura o el poema a la sobrevivencia de las cucarachas), *The New York Head Shop and Museum*, Detroit, Broadside, 1974, p. 48.

En verdad el opresor no teme tanto a la diferencia como a la similitud. Teme descubrir en sí mismo las mismas penas, los mismos deseos que los de la gente a quien ha herido. Teme la inmovilización que le amenaza a raíz de su culpa incipiente. El opresor teme que tendrá que cambiar su vida una vez que se haya visto en los cuerpos de quienes ha llamado diferentes. Teme el odio, la rabia y la venganza de quienes ha herido.

Esta es la pesadilla del opresor, pero no es exclusiva de él. Nosotras, las mujeres, tenemos una pesadilla similar, pues cada una ha sido en alguna medida oprimida y opresora. Tememos ver cómo nos hemos fallado una a la otra. Tenemos miedo de ver cómo hemos incorporado los valores de nuestro opresor en nuestros corazones, volteándolos contra nosotras mismas y contra otras. Tenemos miedo de admitir lo mucho que del mundo “del hombre” hemos integrado dentro de nosotras.

Admitir el daño es peligroso. Pienso cómo, aun siendo lesbiana feminista, he querido ignorar mi propia homofobia, mi propio odio a mí misma por ser jota. No he querido admitir que el sentido más profundo de mí misma no está al nivel de mi política de “mujer identificada con las mujeres”. He tenido miedo de criticar a las escritoras lésbicas que escogen “saltarse” esos temas en nombre del feminismo. En 1979, hablábamos de los roles de la “vieja lesbiana” y de “butch y femme” como si fueran parte de la historia antigua. Nosotras los desechamos como nociones patriarcales y, sin embargo, la verdad del asunto es que muchas veces he adoptado los miedos sociales y el odio hacia las lesbianas que se acuestan conmigo. Y he odiado a veces a mi amante por quererme. Algunas veces no me he sentido “suficientemente hombre”. Para una lesbiana que trata de sobrevivir en una sociedad heterosexual, no hay un camino fácil para atender estas emociones. De manera similar, en un mundo dominado por los blancos, no es fácil librarse del racismo y de nuestra propia internalización de él. Siempre está ahí, personificado en quien menos esperamos refregárselo.

El reto está cuando lo restregamos contra esa persona. Entonces ahí está la oportunidad de ver la pesadilla que existe dentro de nosotras. Pero usualmente nos encogemos ante tal reto.

Una y otra vez he observado la respuesta habitual en grupos de mujeres blancas cuando surge “el tema del racismo”: su actitud es negar la diferencia. Y he oído comentarios como: “Bueno, estamos abiertas a todas las mujeres; ¿por qué ellas (las mujeres de color) no tratan

de venir? Una solamente puede tratar hasta cierto punto...". Pero rara vez se da un análisis de cómo la misma estructura del grupo puede basarse en supuestos racistas y clasistas. Más importante aun con frecuencia, las mujeres no suelen experimentar una pérdida, un hueco, una ausencia cuando no hay mujeres de color involucradas; y a pesar de todo esto, hay pocos deseos de cambiar la situación. Esto me ha herido profundamente. He llegado a creer que la única razón que puede llevar a las mujeres de una clase privilegiada a darse cuenta de cómo ellas mismas oprimen, es cuando llegan a conocer el significado de su propia opresión. Y entienden que la opresión de otros las hiere personalmente.

El otro lado de la historia es que las mujeres de color y las mujeres blancas de clase obrera se encogen muchas veces ante el reto de cuestionar a las mujeres blancas de clase media. Es mucho más fácil graduar las opresiones y crear una jerarquía, antes que asumir la responsabilidad de cambiar nuestras propias vidas. Nosotras no hemos sido capaces de exigir a las mujeres blancas en particular, a las que dicen hablar por todas las mujeres, que se responsabilicen de su propio racismo.

Simplemente el diálogo no ha llegado a niveles tan profundos.

Muchas veces he cuestionado mi derecho a recopilar una antología escrita "exclusivamente por mujeres de color". He tenido que ver críticamente mi reivindicación por mi color, en un momento en que entre las fallas de las feministas blancas, éste es un argumento "políticamente correcto" (y algunas veces periféricamente ventajoso). Debo reconocer el hecho de que físicamente yo pude elegir respecto de esta reivindicación, en contraste con las mujeres que no pudieron hacerlo, y se les maltrató, además, por ser de color. Yo debo reconocer que la mayor parte de mi vida, por el simple hecho de que me veo blanca, me identifiqué y aspiré a tener valores blancos, y que rolé la ola de aquel privilegio de California del Sur, tanto como mi conciencia me lo permitió.

Bueno, pues ahora me siento blanqueada y encallada; y estoy enojada por esto. Por los años en que yo rechacé reconocer el privilegio, tanto cuando estaba en mi contra, como cuando ignorándolo, disfrutaba de él a expensas de los demás. Pero estos asuntos no están resueltos. Por ello este ensayo resulta tan arriesgado para mí. Y todavía hay más por descubrir. Me ha hecho entrar en contacto con otras mujeres que invariablemente saben un demonio más que yo sobre racismo, porque lo han experimentado en su piel, como lo revela la piel de su escritura.

Y pienso: ¿cuál puede ser mi responsabilidad hacia mis raíces?, tanto respecto de las blancas como de las oscuras, las de habla española como inglesa. Yo soy una mujer con un pie en ambos mundos. Rechazo la ruptura. Siento la necesidad de diálogo. Muchas veces lo siento urgentemente.

Pero una voz no es suficiente, ni dos, aunque claro que ahí es donde el diálogo comienza. Es esencial que las feministas confrontemos nuestro miedo y la resistencia de una hacia la otra, porque sin esto, no habrá pan en la mesa. Simplemente, nosotras no sobreviviremos. Si podemos relacionar esto en nuestros corazones, es decir, si de veras tomamos en serio la idea de una revolución, mejor aun, si de verdad creemos que puede haber alegría en nuestras vidas (alegría verdadera y no simplemente "buenos tiempos"), entonces nos necesitamos una a la otra. Porque mi/tu solitario reconocimiento de tener que vencer el miedo que nos domina no es suficiente. El verdadero poder, como tú y yo lo sabemos bien, es colectivo. Yo no puedo soportar tenerte miedo ni tú a mí. Si para ello se requiere un choque de cabezas, hagámoslo. Esta refinada timidez nos está matando.

Como Lorde sugiere en el pasaje citado, sólo mirando a la pesadilla se encuentra el sueño. Ahí la sobreviviente emerge para insistir en un futuro, en una visión nacida, sí, de lo que es oscuro y femenino. El movimiento feminista debe ser un movimiento de sobrevivientes, un movimiento con un futuro.

Septiembre de 1979

Traducción: Ana Castillo y Norma Alarcón